

## OTRA NOVELA SOBRE EL TEMA DE XICOTENCATL

POR

JOSE ROJAS GARCIDUEÑAS

**H**ACE tiempo, en esta misma revista<sup>1</sup> traté con cierta extensión de una novela anónima, publicada en Filadelfia en 1826, cuyo asunto borda algunos episodios de la conquista de México por Hernán Cortés y cuyo personaje principal es el héroe tlaxcalteca Xicoténcatl el joven; las conclusiones de ese estudio se reducían a considerar que, a mi juicio y como lo supuso Pedro Henríquez Ureña, el autor de *Jicotencal* debe haber sido un hispanoamericano y probablemente un mexicano (esto último hoy ya no me parece probable); que la obrita mencionada tiene el interés de ser la primera novela histórica en lengua castellana y, finalmente, que "si mi hipótesis de paternidad hispanoamericana se confirma, *Jicotencal* sería un caso de novela-ensayo, de relato y ficción combinado con literatura política, modalidad que tan frecuente ha sido en nuestros países hasta el punto que ya parece género autóctono y naturalmente propio de Hispanoamérica".

En fecha reciente, el profesor Luis Leal, de la Universidad de Illinois, publicó un estudio en el que intenta resolver el problema acerca del autor de *Jicotencal*; allí, después de pasar revista de quienes se han ocupado de esa novela y de lo que ella contiene, hay una interesante nómina de los escritores hispanoamericanos que vivieron en Filadelfia

1 José Rojas Garcidueñas: "*Jicotencal*, una novela histórica hispanoamericana precedente al romanticismo español", en *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, Nº 24, México, 1956, p. 53-76.

y en Nueva York hacia 1826; en seguida expone el Prof. Leal la tesis de su estudio: "Pasemos —dice— en fin, a estudiar el caso de otro escritor cubano que, si no podemos decir con seguridad absoluta que es el autor de *Jicotencal*, la evidencia que hemos recogido apunta en esa dirección. Trátase del P. Félix Varela (1788-1853), quien vivió en Filadelfia en 1824..."<sup>2</sup>

Dicha tesis se apoya en siete puntos de los cuales los dos primeros son de tal manera circunstanciales (que la novela y los periódicos de Varela fueron impresos por Stavely, que Varela y F. Huttner, quien registró la novela, vivían en la calle Spruce), que mal pueden servir de prueba; los dos últimos puntos (identidad en la actitud ante los indios en pro de la libertad y contra los tiranos) me parecen también de poca consistencia porque esas similitudes eran comunes a todos los escritores de ideas liberales, más o menos avanzadas, en la época; los argumentos más firmes estarían en las semejanzas de ortografía, de léxico y de estilo, pero sería deseable que el análisis de esos tres elementos fuese más riguroso y que las concordancias de ellos, entre el *Jicotencal* y los textos de Varela fuesen más característicos, para que la conclusión fuese convincente, pues el uso paralelo de vocablos y giros que el profesor Leal señala ("aras del amor" y "aras del poder", "baldones", "cohonestar", "amor patrio", etc.), no creo que basten para estar seguros de que el P. Félix Varela haya escrito la novela *Jicotencal*.

Ahora, en estas páginas, me voy a referir a otra novelita sobre el mismo tema que la citada, porque tal vez una y otra estén relacionadas directamente por algo más que la similitud del asunto en que fundan sus respectivos argumentos.

•

El *Jicotencal* anónimo, como dije, vio la luz en Filadelfia en 1826; pocos años después, pero con el océano de por medio, apareció otra novela similar, cuyos datos bibliográficos son los siguientes:

SALVADOR GARCÍA BAAMONDE. *Xicotencal Principe Americano. Novela histórica del siglo xv*. Imprenta de José de Orga, Valencia, 1831. IV + 168 págs.; ilustrada con un grabado en cobre, fuera de texto, frente a la portada; 12.5 × 7.3 cms.

2 Luis Leal: "*Jicotencal*. Primera novela histórica en castellano", en *Revista Iberoamericana*, vol. xxv, 49, enero-junio, 1960; p. 9-31.

Esa obra, aunque sin la prioridad de la anónima de Filadelfia, es de fecha temprana en el ciclo de la novela histórica española:<sup>3</sup> pero no importa aquí tanto la ubicación y valoración de ella cuanto el puro examen de su contenido temático y ciertas declaraciones de su prólogo, para el muy limitado propósito que estas notas persiguen.

El ámbito histórico en que se desenvuelve la acción principal es, lógicamente, desde la llegada de Cortés a las fronteras de la república de Tlaxcala hasta la muerte de Xicotécatl el joven; en el tiempo eso significaría muy aproximadamente dos años, pero el tiempo no es factor en esa novela. La trama principal, en torno a Xicotécatl, corre del capítulo 3º al 7º, que es el último; los dos primeros capítulos tienen por fondo histórico desde el arribo de Cortés a Cozumel hasta el primer contacto con las fuerzas tlaxcaltecas, y el capítulo 1º está casi íntegramente ocupado por el encuentro y relato de Aguilar, al que me referiré en párrafo posterior. Hay, además, una introducción que pretende ser algo como antecedentes históricos de la acción novelada y trata de la vida de Hernán Cortés desde su juventud, en Medellín, hasta su partida de Cuba al frente de la expedición que había de resultar conquistadora.

Es, pues, mucha la importancia que el autor da al contenido histórico de su obra, conforme a sus propósitos expresados en el prólogo, pero en contraste de ese interés están la superficialidad, el descuido y los incontables errores de ese fondo histórico. He aquí algunas muestras de lo dicho: en la introducción dice que Cortés, en Medellín, meditaba cómo igualar la gloria de Colón; luego se va con su amigo Gonzalo de Sandoval y llegan a La Habana, donde ya Diego Velázquez preparaba una armada y nombra a Cortés jefe de la expedición. El arribo, los combates, la marcha hacia México, todo está tratado con tanta "libertad", que sería inútil insistir en cuanto a lo que se aleja de la verdad de lo acontecido: por ejemplo, en vez de la matanza del Templo Mayor y sus consecuencias, cuando Cortés salió contra Narváez, el autor dice: "... apenas los españoles habían salido de la capital cuando el pueblo

3 La novela histórica florece en España, en pleno romanticismo, aproximadamente entre 1830 y 1845. Anteriores a la aquí estudiada, o coetáneas, son algunas novelas de López Soler y de E. de K. Bayo, posteriores las de P. de la Escosura, Espronceda, Larra, Estébanez Calderón, Gil y Carrasco, Gómez de Avellaneda, etcétera. Otro ciclo, en la segunda mitad del siglo pasado (novelas de Patxot, Cánovas del Castillo, Navarro Villoslada), presenta alejamientos de lo romántico y acercamientos a la erudición. Otros casos, como los *Episodios Nacionales* de Pérez Galdós, corresponden, más bien a la historia novelada y no a la novela histórica; las diferencias entre una y otra especie son, a mi juicio, bien claras por lo menos en el campo de la teoría literaria, pero evidentemente exceden al alcance de esta nota.

atacó el palacio del emperador con objeto de exterminar a los pocos españoles que quedaron en él. Motezuma se opuso a sus primeros esfuerzos; pero como sus súbditos estaban persuadidos de que aún le tenían prisionero, justificaron su desobediencia con la máscara de la lealtad" (págs. 138 y 139). Regresa Cortés, prosiguen los asaltos al palacio; Moctezuma habla al pueblo, cae herido, Cortés trata de convertirlo al cristianismo pero Moctezuma se niega y a los tres días muere; por los continuados ataques, Cortés "se vio obligado a abandonar la ciudad para volver tan pronto como estuviesen en disposición de batirse las tropas que había pedido a sus aliados" (pág. 149), con lo cual la espantosa derrota de la *Noche Triste* queda convertida en una retirada estratégica prudente y sin mayor importancia.

En el capítulo 1º encontramos un largo relato incrustado en el otro mayor y principal, del modo como era frecuente en las novelas del Siglo de Oro; tal es el que pone en boca de Aguilar que, como se verá, nada tiene que ver con lo histórico: después de salir de Cozumel los barcos de Cortés ven una canoa cerca de tierra y, ante el ataque de los españoles, uno de los agredidos que huían exclama: "¡Dios mío! ¿es cierto lo que ven mis ojos? ¡Españoles en esta tierra!", y cuando es recogido a bordo cuenta su historia que empieza así: "Écija es mi patria, Aguilar es mi linaje..."; dice que salió de Cádiz para buscar fortuna y una tormenta lo arrojó "a las playas del Yucatán"; fue hecho prisionero, se salvó de ser sacrificado, una noche escapó de su jaula y huyó al campo... y entonces encontramos nosotros, los lectores, una referencia de ambiente que revela la total ignorancia del autor respecto de los lugares que escogía para escenario de lo que cuenta, y que en este caso no puede menos de resultar sorprendente y risible para quien conozca el paisaje de Yucatán, porque Aguilar, muy serio o acaso añorante, dice: "... cansado de recorrer la campiña hallé una gruta solitaria al pie de un cerro, circundado por altos árboles, cuyo fruto ya me era conocido, y un cristalino arroyo que formaba una fuente a la falda de un peñasco..." Claro que nunca pasó por la imaginación del señor García Baamonde que hubiese un país, precisamente Yucatán, donde no hay cerros ni peñascos ni siquiera un arroyo cristalino. Sigamos con la *novella* de Aguilar: un día, junto a la entrada de su cueva encuentra "una joven india, hermosa en extremo... exhalando profundos suspiros y manifestando en todas sus acciones un acerbo dolor...", que nunca sabremos qué lo causaba; Aguilar no se atrevía a mostrarse por estar desnudo, por fin se decide y por señas la invita a su gruta, ella acepta y,

dice el protagonista: “viendo que no rehusaba mis caricias procuré asegurarla de mi sinceridad, y comprendí que era sensible al amor...” (p. 21). Con tal muestra de perspicacia ella se queda allí y le enseña el idioma indígena; un día los encuentran el padre y los hermanos de ella, se muestran complacidos y los llevan a vivir “a una islita pequeña” y allí pasan los días, hasta la llegada de los españoles; pero unas frases finales son importantes, por cuanto revelan considerable influencia de las ideas de *l'illustration* a pesar del indudable catolicismo castizo del autor, quien hace terminar así el relato de Aguilar: “veníamos mis parientes y yo esta mañana al templo de Cozumel según su costumbre. Sé que el espíritu del hombre puede elevarse hasta su Criador en todas partes, y así no me he negado nunca a las exterioridades que exige de mí la religión de un país, con tal que en mi corazón lleve pura la fe que profesé y por la que desde ahora me uno a vosotros para no separarme sino por la muerte”. (p. 23).

Dejando aparte incidentes como el del cacique de Zempoala, haré una sinopsis de la trama principal en torno al héroe de la novela: cuando Cortés llega a términos de Tlaxcala pide paso y alianza, lo cual provoca discusión en el Senado de esa República; Magiscatzin<sup>4</sup> está de parte de Cortés y habla en contra del joven general Xicotencal, quien se pronuncia por la guerra contra los extranjeros y obtiene el apoyo del Senado y la aclamación popular.

Es muy importante señalar que el autor, novelando el tema y creyendo, sin duda, prestarle mayor interés, desde aquí empieza a incurrir en el grave error de rebajar tema y personajes, por un mal entendido romanticismo y su personal deficiencia como novelista, pues en vez de acudir a los grandes sentimientos hace prevalecer unas pasiones raquílicas y situaciones incongruentes. Así, sin percatarse en lo que disminuye a su héroe, dice: “... ¿pero era acaso la gloria la que inflamaba a aquel joven senador?<sup>5</sup> ¿movía su lengua el amor a la patria...? No,

4 El autor escribe así los nombres de estos personajes: *Xicotencal*, *Magiscatzin*, *Motexuma*. Yo he preferido mantener esas formas en tanto que me refiero a los personajes de la novela, solamente cuando aludo a los personajes de nuestra historia y no a la novela los escribo conforme a lo que hoy consideramos ordinariamente correcto: Xicoténcatl, Maxiscatzin, Moctezuma.

5 Uno de los muchos errores históricos que comete el autor de esta novela es suponer que el capitán o guerrero que llama Xicotencal era al mismo tiempo senador de la república. La verdad es que uno era el capitán, Xicoténcatl el joven, y que su padre era quien formaba parte del Senado o Concejo Soberano de Tlaxcala, este último, Xicoténcatl el viejo, aparece en la novela muy incidentalmente y con otro nombre, como más adelante se dice.

Xicotencal usó en esta ocasión de aquella máscara con que sabía disfrazar a los ojos de los demás hombres el verdadero espíritu que le animaba. El amor, los celos, el deseo de venganza constituían el heroísmo de que había hecho alarde en el senado . . . ” (p. 64-65); lo cual se explica por la situación casi inicial de la trama inventada por el señor García Baamonde, que es así: Xicotencal está enamorado de Xicomui, hija de “un noble megicano, senador de Tlaxcala . . . que en medio de los acontecimientos políticos se conservaba fiel al emperador”, es decir a Moctezuma y era un espía de éste en Tlaxcala, por lo que no podía consentir que su hija “fuese nunca esposa de un republicano, a quien odiaba de corazón” (p. 66); para contrariar esos amores esconde a su hija y luego propala que los españoles la han robado, pero en realidad la envía a México como presente al emperador, pues prefería verla “en el serrallo de Megico” que casada con Xicotencal; éste cree lo del robo y como sabe, por emisarios, que a Cortés lo acompaña una hermosa india (doña Marina) supone que ella es Xicomui, de allí su odio a los españoles y su deseo de vencer a Cortés y rescatar a su amada, pero cuando prepara un segundo combate contra ellos tiene noticias ciertas de que la compañera de Cortés no es Xicomui, entonces Xicotencal “suspendió la pelea pues ya no existía la causa que lo incitaba contra los españoles” (p. 76), antes al contrario quiere hacerlos aliados suyos para combatir a Moctezuma y recobrar a Xicomui. Se pacta la alianza con una ceremonia rompiendo una flecha, juntos Cortés y Xicotencal, delante de un ídolo y exige a Cortés apresurar su marcha a la capital del Imperio. Siguen, con otros incidentes, la matanza de Cholula y la entrada a México. Xicotencal encuentra en el palacio de Moctezuma a Xicomui, quien lo recibe fríamente porque en ella dominaba la ambición “besaba sus cadenas y . . . confiaba elevarse hasta el trono”. Tras diversos sucesos acontece la prisión de Moctezuma, que suscita un tumulto; aprovechando el desorden Xicotencal “corre al serrallo”, sale llevando a Xicomui y “la conduce al templo, donde secretamente fue desposado según su rito” (p. 115), luego se arrepentirá de eso “pues veía que su esposa suspiraba por Motezuma, compadecía su suerte y mantenía la esperanza de verlo en su trono, que era todo el blanco de sus pensamientos”. Más tarde, cuando Cortés ya fuerte con cincuenta mil aliados regresa para conquistar la capital, “engreído con su poder tuvo menos consideraciones con los jefes indios, principalmente con Xicotencal” y enterado del casamiento de éste, el conquistador ordena que Xicomui volviese al serrallo (no explica cómo subsistía tal serrallo

cuando ya Moctezuma había muerto), pues Xicomui había dicho a Cortés que su matrimonio fue forzado y que ella quería quedarse al lado de doña Marina para convertirse al cristianismo, pero el autor explica que lo que ella deseaba era enamorar a Cortés para cumplir sus ambiciones. Otra vez Xicotencal cambia de parecer y “no trató más que de vengarse de los españoles”, para lo cual urde una conspiración que es descubierta y él aprehendido y condenado a muerte; cuando es conducido al cadalso arrebatada una espada y ataca a los soldados hasta que cae cubierto de heridas y muere. Y la novela termina con este párrafo: “Así acabó su vida y sus hazañas el valiente Xicotencal, capitán digno de mejor suerte por su extraordinario valor y política; pero que vencedor de sus enemigos no pudo serlo de sí mismo, y se dejó conducir más que por la prudencia, de la ambición, el amor y la gloria; pasiones que si contenidas en sus límites contribuyen a formar un héroe, llevadas hasta el exceso son el instrumento de su ruina.”

En párrafo anterior aludí a que el autor, por evidente impericia, disminuye o rebaja sus personajes, en vez de hacer que vayan “creciendo” en el curso de la acción según una de las leyes que rigen toda novela y toda obra teatral que aspire a tener calidad verdadera. Los triagonistas de esta novela son Xicotencal, Cortés y Xicomui. Del primero ya vimos algunas deficiencias en su tratamiento y creo que no vale la pena insistir en ello. Hernán Cortés es otro personaje igualmente inconsistente, tanto más lamentable cuanto que uno de los propósitos del autor es el de ensalzar “la serie de gloriosas hazañas que nos recuerda la historia de la conquista del imperio megitano...”, y a Cortés lo señala, en la Introducción, como encargado por Dios de un destino particularmente glorioso;<sup>6</sup> pero en su pobre novela el señor García Baamonde no atina a mostrar más hazañas de Cortés que la de derribar ídolos tres o cuatro veces y otras tantas liberar indios que iban a ser sacrificados. Claro es que al referirse al conquistador abundan los adjetivos de encomio, pero ya en la acción varias veces encontramos a

6 “La divina Providencia había fijado el plazo a los grandes acaecimientos del nuevo-mundo en el siglo xv (sic), y por efecto de sus impenetrables designios escogido á Hernan-Cortes para que llevando la fe de Jesucristo a las más remotas regiones, tremolase un día victoriosamente sobre las colosales torres de la opulenta Méjico la sagrada insignia de Constantino y los morados pendones de Castilla”, dice el párrafo inicial de la Introducción, *Op. cit.* Aunque no tiene importancia, cabe señalar la curiosa equivocación del señor García Baamonde que llama siglo xv al siglo diez y seis: así lo pone en el subtítulo de su novela, en el párrafo de la Introducción aquí citado y en dos o tres lugares más del texto.

Cortés indeciso y confuso y es Xicotencal quien le aconseja y señala lo que debe hacer.

Xicomui es el personaje "villano", pero sólo porque el autor nos dice que no ama a Xicotencal y que lo único que le importa es llegar a compartir el poder supremo, ya sea al lado de Moctezuma o al de Cortés.

Aunque doña Marina no tiene aquí ninguna importancia, casi ni como personaje incidental, quiero hacer esta observación: al día siguiente del combate de Champotón entre los regalos del cacique a los españoles va la futura doña Marina, pero no se llama Malintzin como debería ser, sino que la novela dice: "Distinguíase entre todas Guacoálca, joven linda, que desde luego fijó las miradas de Cortés, y fue en lo sucesivo el principal instrumento para facilitar la conquista de aquellas regiones desconocidas" (p. 35); luego vuelve a mencionarla con el nombre antedicho, pero en la pág. 111 dice: "Entonces Marina, inseparable compañera de este capitán [Cortés]..."; es la primera vez que la llama así y no explica el cambio de nombre.

Enumerar las inexactitudes y graves errores respecto al ambiente, a los usos y vestiduras, etc., que aparecen en esta novela sería cosa demasiado prolija; ya mencioné, páginas atrás, aquel cristalino arroyo en el norte de Yucatán; en el cap. 5º se dice que Moctezuma desistió de atacar a los españoles "en la cumbre de Chalco":<sup>7</sup> cuando Cortés hizo pedazos el ídolo de Cozumel los indígenas se asustaron y "un grito espantoso atronó las bóvedas del templo..." (bóvedas en una arquitectura que no conoció el arco); desde Ixtapalapa los conquistadores vieron así a México: "descubriéndose las altas torres más propias para el adorno que para la defensa, y un sinnúmero de canoas que en todas direcciones bogaban alrededor de sus murallas..." (p. 96).

Sin duda el señor García Baamonde había leído tiempo atrás alguna de las crónicas de la conquista, pero más presente tuvo *La Araucana*, como se ve por algunos epígrafes de sus capítulos, y la influencia de Ercilla hizo que diera el extraño nombre de *Cololco* (tan semejante al *Colocolo* chileno) nada menos que al padre de su héroe Xicotencal.

Finalmente, para terminar estas referencias, a título de curiosidad añadiré que si los conocimientos americanísticos del autor eran vagos,

7 Debo aclarar, para los extranjeros que lean esto, que Chalco era (ya casi ha dejado de serlo) un lago, no un cerro, y se verá que esas equivocaciones, dichas con toda ingenuidad por el autor, son de tal magnitud que a veces nos resultan risibles.



# XICOTENCAL,

PRÍNCIPE AMERICANO.

NOVELA HISTÓRICA DEL SIGLO XV.

= POR =

*D. Salvador García-Baamonde.*

---

Diciembre 1831.

---

**VALENCIA,**  
IMPRESA DE JOSÉ DE ORGA.

=  
*Calle del Milagro.*

Portada del *Xicotencal* de García-Baamonde (facsimile).



Grabado en cobre, frente a la portada (facsimile).

en cambio era muy segura su estimación a los vinos andaluces y consideraba que ese gusto sería indiscutible y universal, pues en el primer contacto de Hernán Cortés con el Imperio de México pone esta escena, que sin duda contribuiría mucho a ganarse la simpatía de los aztecas: "Las naves llegaron felizmente a puerto de Ulua en que dieron fondo..." y llegando los criados de "Motezuma", Cortés los obsequio con vinos de Málaga y Jerez, con lo que "pareció a los indios remontarse a la mansión de la alegría, superior a cuanto hasta entonces habían visto" (pp. 38 y 40).



Después de la sinopsis y observaciones precedentes importa conocer, pues que ello es posible, la intención o los propósitos que movieron a Salvador García Baamonde a escribir y publicar su novela.

A tal respecto contesta el propio autor en el breve Prólogo de su libro; allí explica sus preferencias por las novelas históricas y sus ideas acerca de que la conquista del Imperio de México "es un manantial inagotable de recursos para la pluma del novelista y el poeta" y dedica elogios a Hernán Cortés y a sus hazañas.

Pero lo más importante, para averiguar las cuestiones planteadas antes, está en los dos últimos párrafos de dicho Prólogo, que por lo mismo y dada la rareza del libro en cuestión, creo necesario transcribir; dicen así:

"Al publicar esta obrita nos proponemos dar a conocer el verdadero carácter de los principales personajes que hicieron en el antiguo imperio tan brillante figura... no imitaremos a nuestro antagonista, disminuyendo la gloria de los vencedores por negar a los vencidos la que adquirieron en la defensa de sus hogares..."

"Escribimos para aquellas personas que no han hecho de la historia su principal estudio, y en cuyas manos suelen hallarse con más frecuencia obras como la presente, sin otro carácter que el de una novela que recuerda el valor y la galantería de uno de los más célebres capitanes de su tiempo, que ha querido oscurecer en sus páginas un autor extranjero de nuestros días."

Claramente se advierten, en dichos párrafos, la intención y el doble propósito del autor: un propósito didáctico y de divulgación de cono-

cimientos que él considera de valor histórico y patriótico y, también, rectificar ideas o conceptos falseados recientemente por un “antagonista”, o sea la reivindicación de legítimas glorias “que ha querido oscurecer en sus páginas un autor extranjero de nuestros días”.

Dejemos de lado el propósito didáctico y veamos, con breve detenimiento, el segundo propósito, que conviene analizar en las tres partes que sugiere el prologuista:

a) Corregir juicios históricos, que un autor precedente ha deformado en el sentido de disminuir la gloria de los vencedores por favorecer a los vencidos; en otras palabras, había un texto anterior que hizo llegar al público un relato histórico deformado en el cual “se disminuía la gloria de los vencedores”, es decir se reprochaba o censuraba el proceder de las huestes de Hernán Cortés en la conquista de México, y el señor García Baamonde quiere poner las cosas en su sitio, con perfecta equidad.

b) Reivindicar “las gloriosas hazañas que nos recuerda la historia de la conquista del imperio megicano” y “recordar el valor y la galantería de uno de los más célebres capitanes de su tiempo . . .”, o sea reivindicar la gloria militar (arrojo, valor, táctica) y las prendas personales (simpatía, varonil atractivo, trato gentil) de aquella personalidad extraordinaria, aquella excepcional figura histórica que fue Hernán Cortés.

c) Un propósito de refutación a quien consideraba escritor inexacto, tal vez falaz; desde luego adversario, puesto que el uno y el otro luchan en campos o sentidos opuestos, que no otra cosa entenderemos por “antagonista”; y aquí, por último, una referencia que luego quiero comentar, líneas abajo, ese antagonista que ha deformado la actuación histórica de Hernán Cortés, es “un autor extranjero de nuestros días”.

No es posible, en el estado actual de este pequeño problema: sin seguridad ninguna sobre la identidad del autor del *Jicotencal* editada en Filadelfia, sin poder demostrar que esa novela fuese conocida de Salvador García Baamonde, no es posible, digo, en circunstancias tales, deducir conclusiones definitivas ni aseveraciones apodícticas, pero sí es pertinente una hipótesis, apoyada lógicamente en lo que conocemos, que sirva de punto de referencia en la prosecución de las investigaciones; con ese carácter, conclusiones provisionales e hipótesis de trabajo, planteo las siguientes cuestiones:

A) La intención de rectificar a un “antagonista” supone la polémica en terreno común, es decir que debe suponerse que el señor García Baamonde al escribir una novela histórica sobre el tema del héroe tlaxcalteca lo hace para refutar, corregir y superar (según de su prólogo se desprende) otra obra análoga o semejante, y es evidente, por lo que sabemos, que la única novela histórica, anterior a 1831, acerca del tema mencionado (y hasta acerca de cualquier personaje o asunto en torno de la Conquista de México), era la anónima novela *Jicotencal* publicada en Filadelfia cinco años antes de la fecha citada.

B) El señor García Baamonde no parece referirse a un autor indeterminado sino concreto al que considera su “antagonista” y no sólo eso, sino que parece haber tenido de él datos personales pues lo llama “autor extranjero de nuestros días”.

C) Si, como supongo, García Baamonde al escribir tales palabras se está refiriendo al autor de *Jicotencal* de Filadelfia, es indudable que este autor no era español, (lo cual viene a robustecer lo que ya habíamos supuesto algunos de los que hemos escrito sobre ello y, a la vez, hace definitivamente desechable la posición contraria), pero no sólo no podía ser español sino que parece que tampoco podría haber sido cubano (lo que significaría anular la hipótesis del Prof. Luis Leal referida líneas atrás); pues no parece consecuente que, aunque tuvieran grandes diferencias ideológicas entre sí, un español llamara extranjero a un cubano en 1831, cuando Cuba era todavía uno de los diversos territorios bajo la autoridad de Su Majestad Católica, y precisamente porque otros muchos países acababan de desligarse de la Corona y en algunos de ellos privaban corrientes muy adversas a España, por eso mismo ningún español había de rechazar con título de extranjería a un connacional nativo de un lugar lejano pero que se conservaba fiel a la autoridad de Fernando VII; en consecuencia, si como parece casi indudable el prologuista de la novela publicada en Valencia en 1831 se refiere al autor de la novela publicada en Filadelfia en 1826, este último debió de ser un hispanoamericano de alguno de los países ya independientes y por ende extranjeros para un súbdito español.

\*

Las líneas precedentes no persiguen más objeto que el de señalar la existencia de esa novelita *Xicotencal Principe Americano*, de Salvador

García Baamonde, relacionarla con *Jicotencal* de autor anónimo y con eso aumentar un poco el acervo que más tarde pueda servir, a quienes por ello se interesen, para un estudio de literatura comparada.

El examen de un tema o de un tipo de personajes en diversas obras literarias ha dado lugar a interesantes estudios. Tal vez sería fructífero aplicar algunas veces ese método a nuestras literaturas en lengua castellana. No quiero sugerir que el tema o mejor dicho el personaje *Xicoténcatl* deba ser objeto de un estudio vasto, es muy probable que resultaría poco asunto para ello por el escaso número de las obras que a él literariamente se refieren o lo tienen por tema principal pero la proporción se aumentaría al enfocar, por ejemplo, los personajes históricos indios (*Xicoténcatl*, *Cuauhtémoc*, *Moctezuma*, *Atahualpa*, *Lautaro*, etc.), sobre los cuales se han escrito obras de carácter predominantemente literario.

Quiere todo eso decir que mi intención ha sido la de contribuir con esta parvedad al estudio de nuestras letras.